

WALTER J. ONG: ORALIDAD Y ESCRITURA. TECNOLOGÍAS DE LA PALABRA, traducción de Angélica Scherp, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 2da. imp. 1997

Roberto Domínguez Cáceres¹

Resumen

Este artículo reseña la obra de Walter Ong *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, (1982,1987). México: Fondo de Cultura Económica. Hace una evaluación sobre su influencia y su la importancia entre los múltiples estudios actuales sobre oralidad y la palabra impresa- También presenta un breve análisis de cada capítulo del libro. La obra de Ong es relevante y útil como marco de referencia en los estudios de la obra de arte verbal, impresa o en medios electrónicos.

Palabras clave

Lenguaje palabra impreso oral comunicación literatura

Abstract

This article reviews the work of Walter J. Ong, *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, (1982, 1987) Methuen & Co Ltd. London; provides with an assessment about its influence and importance in the prominent studies about orality and literacy then and now. Also presents a brief analysis of each chapter of the book. The work of Walter Ong is still relevant and helpful frame of reference for any study of the “verbal” work of art, oral, printed in paper or in the electronic media.

Keywords

Language words print oral communication literature.

Introducción.

Posiblemente la próxima y necesaria edición de esta obra fundamental para los estudiosos de la cultura y el lenguaje será en formato electrónico; estará “colgada” de alguna editorial virtual que la ofrecerá *ad hoc* a lectores interesados, quienes podrán optar por el formato, el tipo de papel, el tamaño de la tipografía u otros rasgos que más les convengan y gusten. Como parte del sistema que describe, el de la oralidad y la escritura impresa, la obra de Walter Ong no estará, afortunadamente, eximida de su propia evolución. Yo mismo, para poder hacer el texto que aquí ofrezco a manera de reseña de mis reflexiones, cometí el cuasi falta capital del sistema económico editorial: leer en el original de la Biblioteca y fotocopiar el texto íntegro –que está fuera de prensa desde hace algunos años– para poder subrayarlo, anotarlo y de alguna manera, apropiármelo. Hay un placer especial en anotar cada página con las frases o ideas que nos van dejando preguntas conforme leemos. Leer con un lápiz en la mano es una deformación que hoy entiendo, nos inscribe en la más clásica tradición de la escritura y la sobre-escritura.

La obra de Walter J Ong tiene hoy una relevancia insospechada para todos los lectores, más precisamente para los escritores y estudiosos del lenguaje, del mundo editorial y de la comunicación en esta época en que los escándalos mediáticos por “filtraciones” de secretos diplomáticos y las redes sociales parecen tener mucho más en común con la mercantilización de la información que con las aportaciones a un entendimiento del fenómeno de relaciones entre el poder, los flujos de información y sus destinatarios. Walter Ong adelanta en su obra la época en que estamos viviendo hoy. Este único rasgo bastaría para justificar, creemos, una relectura animada de sus valoraciones. El subtítulo de la obra “las tecnologías de la palabra” es sugerente pues nos invita a pensar en el fenómeno de la gestación, la creación, la transmisión y la transportación de la “palabra” como *Logos* y como signo, como marca en el tiempo y como conciencia del conocimiento. El “Prefacio a la edición en inglés” escrito por Terence Hakes resulta clave para demostrar cómo una colección de obras que se precia de contener lo “nuevo”, que es el caso de *New Accents*, advierte que se concentrarán en una revisión de las tendencias, las opiniones del autor (propias y por lo tanto muy discutibles) y la presencia de una rigurosa bibliografía al final de cada volumen. Una advertencia perfectamente convencional para cualquier obra pero un tanto más significativa, incluso diríamos que irónica, para una obra como la de Ong, que apunta a la tradición del

análisis de la cultura oral, sus rasgos y supuestos, por medio del medio más disponible, masificado y fijo que es el texto impreso. Las reflexiones de Ong tienen muy cerca, sincrónicamente, los postulados de la teoría de los medios, las definiciones McLuhianas, las venturosas posturas de la lingüística cognitiva, la Nueva Crítica, el textualismo, la deconstrucción derridiana, la teoría de la recepción y una veloz pero sugerente nota sobre la introspección, la conciencia y el texto.

¿Podríamos pensar en la existencia de la tecnología sin la palabra? Acertadamente, las relaciones que dominan el texto de Ong van de lo preciso a lo especulativo. Por ello, para calar su relevancia, invito al lector de estas líneas a comenzar la lectura al revés, por las últimas secciones del texto, aquéllas que se refieren a los teoremas y las “últimas tendencias” para luego continuar por el índice y buscar en él algún apartado cuyo título resulte sugerente.

El pensamiento de Ong así como su forma de entender la relación entre el lenguaje y el mundo, es producto de la cultura escrita que describe, caracteriza y termina por valorar. Como una especie de relator tradicional, comienza su obra justo por el “origen del inicio”, no del Logos, sino de la palabra escrita y termina con las “nuevas tendencias”, con el trabajo sugerido para el futuro. Por ello, lo más cercano al lector moderno es el final del texto, sus hipótesis por comprobar: si alguien busca determinar cuál es el sistema de sentido dominante en los estudios sobre oralidad y textualidad en los ochenta, en Ong encontrará no solo las preocupaciones, sino las críticas y objeciones a lo que se considera “por hacer” en el vasto campo de estudio en el que se inscribe la obra: la relación entre la forma del procedimiento de pensar, la manera de ser con los formatos en que vienen empacados esos contenidos.

¿Podrá alguna vez superarse esa tendencia del contenido y el continente? Para Ong esta cuestión está más allá de su campo de interés. Acepta como un axioma de trabajo la idea de que los soportes de la información, es decir la oralidad y la escritura, son un plano distinto al del oscuro origen del lenguaje y su relación con el pensamiento. Sus notas, los ejemplos canónicos, la mención de las fuentes y las autoridades que cita en su texto, nos ofrecen un perfil de quién es este académico de formación rigurosa y escépticas conclusiones.

En Walter Ong encontramos una seriedad que a veces se extraña en muchos textos cuasi científicos contemporáneos. El suyo es una suerte de ensayo-historia de la evolución de una serie de interrogantes sobre la relación entre lo que él supone el cambio cultural, las modificaciones de la percepción, las fuerzas del poder, los individuos y la forma como hemos pasado la información de generación en generación.

Las indagatorias del Ong responden a cuestionamientos tales como por qué una narración tradicional oral ha dado la pauta a la novela de detectives, que según declara es imposible que apareciera antes de 1841; o bien, sus comentarios acercan algunas notas para comprender por qué la mayoría de los relatos épicos orales – *Ilíada*, *Odisea* o *Beowulf*- tiene marcas que acusan los repertorios que sus “audiencias” esperaban y marcas de haber sido relatos orales en presencia de un público en espera de oír viejas aventuras adecuadas al momento de su audición. Así comprenderemos que la relación entre los epítetos, las enumeraciones, la secuencia de los eventos (episodios) o las reiteraciones de un “texto” tienen su explicación en el origen oral-prosódico, sonoro si se quiere, de una forma de contención de información, al tiempo que un ejercicio de memoria cultural. Ong cita los autores que han impulsado nuevas propuestas de considerar las formas artísticas orales y escritas sin caer en reducciones o simplificaciones erróneas como la idea de una “literatura oral”, término que analiza y preconiza como equivocado (Cf. Ong, 1987, p. 18).

Nuestro contemporáneo y endeble concepto de lo original tiene una explicación en los orígenes del genio en el Romanticismo pero no aplica para la tradición oral, en la que lo “nuevo” que se va insertando en una narración está modelado previamente en una especie de archivo de situaciones. Valgan estos ejemplos para entusiasmar la pregunta ¿qué tanto de lo que soy, de la manera como veo y comprendo el mundo es herencia de la oralidad?, ¿cómo mi percepción del tiempo, mi cronotopo histórico depende del registro escrito de una fecha?

Es interesante pensar qué plantearía Ong acerca de la nueva forma de escritura instantánea en los *chats*, en los *twitters*, textos inmediatos y precederos con los que podemos pasar horas en contacto con alguien, sin realmente pasar del nivel de intercambio de información. Ong tiene un gran respeto por los formatos en lo que la humanidad ha guardado los resultados de su transformación, desde las culturas orales

primarias hasta las actuales culturas afectadas profundamente por el uso de la escritura. Creo que estamos ubicados en estas últimas, con un desesperante acento en la palabra “afectadas” por la escritura. De unos años a la fecha, escribir para estar en contacto –no necesariamente para establecer comunicaciones significativas- es un *commodity* que se puede vender en forma de tiempo aire (sin metáfora alguna), como pretexto para construir una “comunidad” de consumidores de tiempo aire o productores de mini textos, cuyo fin principal es reforzar la idea de seguridad y contacto entre los miembros de un círculo de amigos que “no pagan”. Si escribir millones de mensajes al día derrama dinero a las empresas proveedoras y los “carriers”, habrá escritura electrónica instantánea asegurada en el futuro. En este escenario, la obra de Ong alcanza una dimensión de verdadera reflexión para repensar qué es escribir en un sentido amplio y trascendente, cómo hemos (o nos han) transmitido información a lo largo de estos escasos 3500 años desde la invención de alguna forma de escritura. Nos invita a situar el ejercicio de escribir en distintos escenarios, con muy diversas intenciones y alcances.

Según nuestro autor, muchas de las interrogantes supuestamente originalísimas que hoy nos hacemos al estudiar los llamados instrumentos de las redes sociales, son preguntas que nos hicimos como género humano ante el cambio de la “tecnología” oral a la escrita. Ong nos hace recordar que la tecnología no es más importante que su usuario, quien le da el valor agregado. Positivamente convencido de la trascendencia de un cambio tecnológico, este ensayo no contempla que desgraciadamente, la deslumbrante tecnología de una red social puede terminar empleada para chatear banalmente durante horas; desde el ensayo de Ong es complicado no pensar en que los usos del internet sean mayormente búsquedas en páginas comerciales, que ofrecen servicios y diversión, mientras que un mínimo porcentaje de usuarios confiesa estar utilizando estas herramientas para más y mejores comunicaciones. Ong lo dice claramente: la reificación de la palabra, la expresión impresa hecha mercancía es un problema añejo: él habla de derechos de autor, de impresiones, de reproducciones ilegales...y sin pretenderlo ni poderlo abarcar, va perfilando el presente de las comunicaciones “en red” contemporáneas.

Advierte que los cambios de una tecnología a otra comprometen las estructuras sociales, económicas y religiosas. Su libro está dividido en siete apartados, con una “Introducción” seguida de siete capítulos: I. “La oralidad del lenguaje”, II. “El

descubrimiento modernos de las culturas primarias”, III. “Algunas psicodinámicas de la oralidad”, IV. “La escritura reestructura la conciencia”, V. “Lo impreso, el espacio y lo concluido”, VI. “Memoria oral, la línea narrativa y caracterización”, VII. “Algunos teoremas” y, finalmente, la “Bibliografía”. Veamos algunos puntos relevantes en cada sección.

La “Introducción”

Centra el tema del libro en la discusión de las diferencias entre la oralidad y el conocimiento de la escritura, advierte la dificultad que es para nosotros los lectores el concebir una cultura sin escritura. Estos temas, asegura, generan más reflexiones sobre la condición humana, tantos que es imposible consignarlos todos en una obra como la que pretende. Por ello se abordarán de manera sincrónica la oralidad y el conocimiento de la escritura por medio de la “comparación entre culturas orales y las caligráficas” (Ong, 1987, p.11). La caligrafía está retomando una importancia en la educación primaria en el sistema mexicano de enseñanza. Se ha demostrado que esta habilidad permite el desarrollo de conceptos y pericias en el manejo del lenguaje. Más allá del desarrollo de habilidades motrices finas, la palabra como unidad de sentido cobra más relevancia. Nos llama la atención que utilice el término *caligráfico*, es decir, premio a la impresión de tipos y la mecanización de la escritura, como un rasgo de la cultura y no solo como peculiaridad tecnológica. Luego, discute con la cultura de la imprenta y termina con la “electrónica”; hay que advertir que considera como tal a la composición en computadora, el soporte en discos duros, el empleo de texto en otros medios electrónicos “clásicos” y no se refiere ni a las redes sociales actuales, si al internet. Se limita pues a la escritura, la impresión y muy someramente a la “elaboración electrónica de la palabra y del pensamiento como la radio, la televisión y vía satélite” (Ong, 1987, p. 12). Vemos aquí una de las ventajas de este texto: el análisis de los rasgos de las culturas de información antes del velo del internet nos permitirá comprender mejor la circunstancia fugaz actual.

I. La oralidad del lenguaje.

Cita los trabajos clásicos de Saussure, Henry Sweet, Maranda y Maranda entre otros para distinguir que su interés es la oralidad primaria, es decir, la de culturas que desconocen por completo la escritura. Habla de nuevo despertar del interés por la oralidad, su sentido profundo de lenguaje no solo como comunicación sino como

pensamiento y su relación con el sonido. “Donde quiera que haya seres humanos, tendrán un lenguaje, y en cada caso uno que existe básicamente como hablado y oído en el mundo del sonido” (Siertsema, 1955 en Ong, 1987, p. 16). El lenguaje, continúa, es tan abrumadoramente oral, que entre las miles de lenguas habladas por los hombres en el curso de su historia, sólo algunas 106 nunca han sido plasmadas por escrito. 78 de las 3 mil lenguas existentes hoy en día poseen una literatura. No hay forma de saber cuántas lenguas han desaparecido o se han transmutado, dice, en otras antes de haber progresado a su escritura. La condición oral básica del lenguaje es permanente, concluye. Aquí la escritura se entiende como la posibilidad de extender la potencialidad del lenguaje. “Leer” significa convertirlo en sonidos, en voz alta o en la imaginación. La escritura nunca puede prescindir de la oralidad. Con Lotman, dice: “podemos llamar a la escritura un “sistema secundario de modelado” que depende de un sistema primario anterior: la lengua hablada. La expresión oral es capaz de existir, y casi siempre ha existido, sin ninguna escritura en absoluto; empero, nunca ha habido una escritura sin oralidad” (Ong, 1987, p. 18).

Se pronuncia en contra del concepto de literatura oral, pues considera que hay errores en la asimilación de la articulación verbal oral como idéntica a la expresión verbal escrita. “Tenemos término “literatura”, que básicamente significa “escritos” (en latín *literatura*, de *litera*, letra del alfabeto), para cubrir un cuerpo dado de material escrito –literatura inglesa, literatura infantil–, pero no contamos con ninguna palabra o concepto similarmente satisfactoria para referirnos a una herencia meramente oral, como las historias, los proverbios, plegarias y expresiones de fórmulas orales tradicionales (Chadwick, 1932-1940 *apud* Ong, 1987, p. 20)

Apunta que su denominación para “cultural orales” será la de culturas de oralidad primaria para aquella oralidad de una cultura que carece por completo de conocimiento de la escritura o de la impresión; llama oralidad secundaria a la de la actual cultura de alta tecnología, en la que se mantiene una nueva oralidad mediante el teléfono, la radio, la televisión y otros aparatos electrónicos que para su existencia y funcionamiento dependen de la escritura y la impresión”. Más adelante, Ong agrega: “Considerar la tradición oral o la herencia de representación, géneros y estilos orales como “literatura oral” es algo parecido a pensar en los caballos como automóviles sin ruedas” (1987, p.21).

II. El descubrimiento moderno de culturas orales primarias.

En esta sección discute con la idea de la influencia de la palabra escrita como sentido recto, las fórmulas de la recolección del conocimiento de los eruditos desde la palabra escrita y no de las fuentes orales. Presenta una apasionada discusión sobre los orígenes orales de la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, sus componentes y rasgos de estilo, formato y apariencia actuales y los descubrimientos de Milman Perry sobre estas epopeyas. “El filósofo italiano de la historia Giambatista Vico (1668-1744), creyó que no había existido ningún Homero, sino que las epopeyas homéricas de algún modo representaban las creaciones de todo un pueblo” (Ong, 1987, p. 27)

La sección contiene una muy buena síntesis de las secuencias de significados sobre qué es lo original a lo largo de la historia, del papel de la repetición, la copia, etc., así como del almacenamiento del conocimiento en ciertas composiciones en el texto escrito, que “liberó a la mente para el pensamiento más abstracto y original” (Ong, 1987, p. 32). Havelock (1963) demostró cómo los inicios de la filosofía griega estuvieron relacionados con la estructuración del pensamiento originada por la escritura. Termina el apartado con una invitante cuestión: “Propuse anteriormente que muchos de los contrastes a menudo establecidos entre perspectivas “occidentales” y otras, parecen reducibles a diferencias entre el conocimiento profundamente interiorizado de la escritura y los estados de conciencia más o menos residualmente orales (Ong, 1987, p. 35-36)

III. Algunas psicodinámicas de la oralidad.

Esta sección es la más declarativa de toda la obra. Define el poder de la representación que permite la palabra, en su sentido sonoro y como signo. Sin la escritura, las palabras como tales no tienen una presencia visual, aunque los objetos que representan sean visuales. Las palabras son sonidos. “Tal vez se las “llame” a la memoria, se las “evoque”. Pero no hay dónde buscar para “verlas”. No tienen foco ni huella (una metáfora visual, que muestra la dependencia de la escritura), ni siquiera una trayectoria. Las palabras son acontecimientos, hecho” (Ong, 1987, p. 38). El estilo de su texto es claro, consciente de las precisiones que deben hacerse al tocar estos temas, dice:

El hecho de que los pueblos orales comúnmente, y con toda probabilidad en todo el mundo, consideren que las palabras entrañan un potencial mágico está claramente vinculado, al menos de manera inconsciente, con su sentido de la palabra como, por

necesidad, hablada, fonada y por lo tanto accionada por un poder... los pueblos orales comúnmente consideran que los nombres (una clase de palabras) confieren poder sobre las cosas. Las explicaciones para el hecho de que Adán ponga nombres a los animales, en Génesis 2:20, normalmente llaman una atención condescendiente sobre esta creencia arcaica supuestamente pintoresca (Ong, 1987, p. 39).

Su análisis de la permanencia de la información en las culturas orales dimensiona algunas prácticas “con la ausencia total de escritura, no hay nada fuera del pensador, ningún texto, que le facilite producir un mis o curso de pensamiento otra vez, o aun verificar si lo ha hecho o no” (Ong 1987, p. 40), de ahí el énfasis en este apartado a la mnemotecnia, las fórmulas y las maneras de expresar experiencia con palabras pueden producir su recuerdo, afirma. Por ello entendemos más acerca de por qué en la culturas orales las expresiones tradicionales no pueden ser desarmadas, así entendemos los epítetos y otras fórmulas. Además se da una explicación sobre la linealidad del pensamiento una vez aparecida la escritura que lo expresa así, de manera cronológica o linealmente organizada y precisa, sin repeticiones. En cambio, las culturas orales privilegian y estimulan la fluidez, el exceso, la verbosidad. Por otro lado, dice que:

La originalidad narrativa en las culturas orales no radica en inventar historias nuevas, sino en lograr una reciprocidad particular con este público en este momento; en cada narración, el relato debe introducirse de manera singular en una situación única, pues en las culturas orales debe persuadirse, a menudo enérgicamente, a un público a responder (Ong, 1987, p. 48).

Las culturas orales deben conceptualizarlo todo con más cercanía al mundo objetivo humano, asimilando el mundo objetivo ajeno a la acción recíproca, conocida y más inmediata, de los seres humanos. Por ello, en estas culturas y sus hablantes no hay listas neutras o estadísticas o datos divorciados de la actividad humana. “La escritura es la que propicia todas estas abstracciones que separan el saber del lugar donde los seres humanos luchan unos contra otros. Aparta al que sabe de lo sabido” (Ong, 1987, p.49). Una amplia sección detalla las diferencias en estas asociaciones de información con el contexto, el empleo de fórmulas para retener y repetir información, de suerte que queda clara la evolución del pensamiento hasta la escritura. Se reflexiona sobre la palabra poética, el empleo de los sentidos y el importantísimo factor del auditorio, el público,

como criterio de originalidad. (Cf. Ong, 1987, p. 55 *passim*). Un breve pero eficiente repaso al Antiguo Testamento, Los Vedas y otras fuentes sirve para mostrar las marcas de la oralidad en las prácticas religiosas y en sus escrituras. Asistimos en esta sección a una serie de demostraciones sobre la compleja naturaleza de la oralidad, su dependencia del contexto, a la singularidad de la palabra escrita, la gestualidad, el cuerpo como contexto y la conformación del grupo o comunidad de oyentes.

Walter J. Ong explica los cambios en las figuras narrativas, los personajes y los estereotipos literarios como consecuencia de la compilación de información que requiere la cultura oral. Es muy interesante su apreciación, por ejemplo, de la literatura fantástica en este sentido. Los seres fantásticos y los monstruos se recuerdan más que los seres ordinarios. Sus definiciones sobre el sonido, la capacidad que tiene de unir y asociar en consonancia con un holismo conservador no han perdido su sentido de provocación a otras teorías: el que habla es el centro de su universo. El que lee está alejado de ese centro desde el que el mundo (en el texto) se produjo. En el apartado “Las palabras no son signos” de esta sección (Ong, 1987, p. 74 *passim*) nos encontramos con una entretenida discusión con la deconstrucción derridiana, el prejuicio caligráfico y tipográfico en la comprensión del lenguaje.

IV. La escritura preestructura la conciencia.

La comprensión como consecuencia de la tecnología de la palabra es el centro de este apartado, que se enfoca ya en el mundo de la *escritura*, aborda las consecuencias que esta forma de consignación de información trajo y dejó en las sociedades que la adoptaron. Desde los indicios de las adecuaciones de una forma a la otra, en la que se pueden rastrear alusiones a un público o auditorio, el pensamiento, plasmado en diversos soportes, se escolarizó por medio y desde la escritura. Además se creó la peligrosa relación entre certeza, verdad y presencia “por escrito” de las ideas. Ong compara las objeciones platónicas a la escritura con las objeciones que se hicieron en su momento a las computadoras. Ideas como “la escritura destruye la memoria”, “la escritura debilita el pensamiento”, “un texto escrito no produce respuestas”, “la palabra escrita no puede defenderse”, “la escritura es pasiva” son algunas de las afirmaciones que se argumentan y se discuten (Ong, 1987, p. 82).

La cronología de las transformaciones que sufre mundo ilustrado y culto con la presencia de la imprenta y los impresos promueve que el autor haga interesantes comparaciones entre la palabra hablada, la manera de retener el conocimiento y la revaloración de la memoria, que son algunos de los puntos del análisis. Se aborda también la artificialidad de la escritura, cómo ésta ha mejorado la vida humana, cómo da vigor a la conciencia y la distancia de las cosas de las que nos ha provisto. La grafía se analiza desde la semiótica de manera concisa. Luego, Ong hace la mención de los distintos alfabetos y su conservación, su homogenización y la subsecuente extensión del conocimiento más allá de los conventos, academias y bibliotecas hacia todos quienes son capaces de leerlos. “El hecho más notable respecto al alfabeto sin duda es que se inventó una sola vez. Fue creado por un pueblo o pueblos semíticos alrededor del 1500 a.C., en la misma zona geográfica donde apareció la primera de todas las grafías, la escritura cuneiforme, pero dos milenios más tarde que ésta. Todo alfabeto en el mundo se deriva en una forma u otra de la creación semítica original” (Ong, 1987, p. 91) Hace una precisa ejemplificación de las consonantes, las vocales, los “rebús” o fonogramas, el alfabeto fonético, así como del oficio mismo del dibujo de las letras, de la impresión y del arreglo del “texto” en hojas, pliegos, pieles, hasta la aparición de la tipografía y sus cajas. El texto toma del cuerpo algunos nombres: capítulo, cabeza, encabezado, cuerpo, pies de página, arriba y abajo, etc.

Más adelante presenta la discusión sobre lo que él entiende acerca de la textualidad, la idea de un formato de texto que depende de un destinatario idealizado e introduce el concepto del lector y la incipiente teoría de la recepción en un resumen conveniente y muy fácil de comprender. Tras ofrecer una explicación del lenguaje de la retórica contemporánea, del lenguaje académico y la primacía del texto sobre cualquier otra forma culta del lenguaje, compara la retórica tradicional con sus aportaciones para la organización de la información, de los contenidos y su ciencia. En este apartado encontramos las discusiones más originales y didácticas de la obra.

V. Lo impreso, el espacio y lo concluido.

Este apartado enumera ampliamente las consecuencias que trajo para Occidente la impresión como proceso de producción, distribución y consumo de materiales de conocimiento. El texto impreso como lo conocemos hoy, su historia y algunos de sus antecedentes principales están incluidos aquí. Este apartado es una breve historia de la

imprensa y su galaxia gutembergiana desde la idea de la ilustración, la imagen que acompaña un texto, las cajas hechas de tipos móviles y otras condiciones del oficio de imprimir. En consecuencia lo es también de una serie de valoraciones sobre la relación entre la capacidad de leer y los condicionantes de leer textos con formatos determinantes. El paulatino paso de la lectura como letra sonora, en voz alta y en grupo, hasta la lectura solitaria y en silencio, Ong va dibujando el panorama de los libros en circulación, en creación y en un mercado de producción y consumo. Muy rápidamente alude a la composición en computadora, pero no se detiene en su valoración. Lo impreso, resume, está orientado a un consumidor; “Los efectos de la imprenta en el pensamiento y el estilo aún están por determinarse en toda su complejidad” (Ong, 1987, p. 122), asegura. Habla del espacio tipográfico hasta la deconstrucción y los márgenes del texto. Aborda cómo es por la impresión que la palabra se convierte en propiedad privada y en mercancía. Abunda sí en la cuestión de la finitud del texto en relación a su tema: la engañosa sensación de que un texto “termina” o agota la discusión de un tema, comparado con la continuidad de la discusión oral; también habla de la noción de lo concluido como un rasgo de todo lo que está impreso (y fijado en la página) al tiempo que nos alude para reflexionar sobre este hecho: la noción del texto como lo verídico, lo cierto, lo real, entre otros. Esboza también una valoración sobre la intertextualidad y sus implicaciones en el concepto de originalidad de lo que se “crea” al escribir, la vigencia de los contenidos escritos y la autoría de la información.

VI. Memoria oral, la línea narrativa y la caracterización.

Éste es sin duda el más propositivo de los apartados porque relaciona la forma del texto, su ser impreso, con las estructuras y acomodos de la información a través de las que se pueden contar historias. Su explicación de las diferencias entre las narraciones secuenciales, las lineales, el episodio, la partición, etc., así como las secuencias animan, muchas discusiones contemporáneas sobre la estructura de la obra de arte verbal más allá del estructuralismo. La narración como forma de arte verbal oral y escrita es un tema que le apasiona. Discute la “Pirámide de Freytag”, el *in media res*, la estructura episódica, así como la existencia de distintos condicionamientos para la creación de personas planos o redondos. Aborda en este apartado el asunto lector como elemento de configuración y dosificación del enunciado de la historia. Aquí ofrece una explicación sobre la novela de detectives; también discute la contemporánea necesidad de los

lectores de una historia que conserve una línea de acción con paralelo a una línea narrativa. Es decir, actualmente consideramos mejor o más adecuado que se nos vaya contando lo que va pasando, que el enunciado corresponda con la manera como se presenta la enunciación. Comenzar por el principio, terminar por el final. Propone algunas ideas sobre las limitaciones de tal coincidencia. Discute la figura del autor, del fautor y del narrador de una manera original y propositiva. Llega a asegurar que es “el mundo de lo impreso el que engendró la novela” e insiste que el carácter reflexivo mismo de la escritura propicia el desarrollo del conciencia a partir de lo inconsciente” (Ong, 1987, p. 145 passim).

VII. Algunos teoremas.

El último apartado del amplio ensayo es el más sugerente pues es más cercano en propuestas a las condiciones de operación y transformación de las tecnologías de la palabra, así como de lo que considera algunos estudios pendientes en el área. Declara la necesidad de una nueva forma de estudiar la historia de la literatura, menciona la importancia de la Nueva Crítica norteamericana y el formalismo, opinan sobre la vigencia del estructuralismo, los textualistas y la deconstrucción, así como caracteriza ya el grupo *Tel Quel*, la Escuela de Constanza, la teoría de los actos de habla de J.L. Austin, John R. Searle y H. P. Grice; esboza lo que considera como una promisoría teoría de la recepción, sus definiciones del lector, del texto y de la valoración de la obra de arte literaria. Hacia el final de su texto, Ong argumenta su discrepancia con el modelo de los medios de comunicación como se han venido presentando en la disciplina de estudio de la comunicación humana. Advierte sobre las distinciones necesarias y concluye con una reflexión genérica de la necesidad del otro, de su contemplación y conciencia en el acto misma de la comunicación.

Las influencias de esta obra han sido múltiples, en varios sentidos y en distintos campos del conocimiento del lenguaje, el aprendizaje de la escritura y la lectura. Walter Ong alinea su pensamiento con los posteriores estudios de Teun van Dijk, en *Texto y contexto* (1989). Más ampliamente, las definiciones de Ong aportan un marco de referencia para subsecuentes trabajos como el de Margo Glantz, *Borriones y borradores. Reflexiones sobre el ejercicio de la escritura (ensayos de literatura colonial de Bernal Díaz del castillo a Sor Juana)* (1992). Los postulados de Ong sirven de sólido asidero para entender y comprender los alcances de la investigación y el espléndido trabajo de

Margit Frenk *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes* (1997), sobre el paso de la lectura en voz alta a la lectura silenciosa, sus implicaciones epistemológicas y filosóficas. Posteriormente a su obra, la comprensión de la historia de la lectura, las aportaciones de Roger Chartier, con sus diversas historias de la lectura, y las de Ong se complementan con otros trabajos sobre la relación entre la escritura, la lectura y la manera de construir un contexto intelectual, el flujo de tales ideas y la composición de un colectivo. Trabajos como el de Ong provocan una serie de revisiones de periodos que hasta entonces no se había abordado desde esta luz de la palabra oral o impresa como tecnología del conocimiento. Un ejemplo de ello es *Historia de la lectura en México* editada por el Seminario de Historia de la Educación en México de El Colegio de México en 1998.

En otra secuencia de temas derivados a los trabajados por Walter Ong sobre la sociología del texto y la lectura, podemos situar reflexiones más en el plano de la discusión de los procesos de la intelectualización. La obra de Ong sería una excelente lectura para redondear la exploración que hace Pierre Bourdieu en su ensayo *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, (1985). Resulta también comparable con la obra de Gabriel Núñez Ruiz y Mar Campo Fernández Figares titulada *Cómo nos enseñaron a leer* (2005).

El campo de estudio y la reflexión sobre la oralidad y la escritura sigue en pleno desarrollo. Ofrece siempre nuevos retos y muchos productos útiles para la enseñanza de lenguas, en específico los trabajos de Daniel Cassani y su equipo, como por ejemplo *Describir el escribir, cómo se aprende a escribir* (1987).

Es importante tener en cuenta que constantemente se producen definiciones de escritura, sobre lo escrito, el alfabeto, entre otros conceptos clave en los estudios sobre el lenguaje. Muy recientemente nos encontramos en el enfoque de la lingüística cognitiva, por ejemplo con el concepto de dominio, que se basa en una suerte de organización de la estructura conceptual del lenguaje. Sin duda es un avance con respecto a lo propuesto por Ong.

La estructura del dominio que presupone un determinado concepto puede resultar extremadamente compleja. Considérese la manera en que se definiría algo que parece

ser una clase de objeto físico, la letra T. Puede definirse directamente como una letra del alfabeto, de forma que su base (dominio) sería consecuentemente el alfabeto. El alfabeto es en sí mismo un dominio abstracto, que presupone la noción de sistema de escritura (no se trata tan sólo de un ejemplo de sistema de escritura, puesto que éste último no sólo implica el conjunto de símbolos, como es el caso de un alfabeto, sino además las reglas para colocarlos secuencialmente, incluyendo la dirección que deben seguir las letras en la página, los espacios que han de dejarse entre las palabras, etc.) Por su parte, el dominio de sistemas de escritura presupone la actividad de la escritura. La actividad de la escritura debe definirse en términos de comunicación humana, la cual presupone a su vez la noción de significado y de sensaciones visuales, puesto que la escritura es una comunicación que opera mediante la percepción visual de inscripciones, y no mediante la percepción de sonidos y de gestos (Croft y Cruse, 2008, p.21).

Esta amplia cita de de estos estudiosos de la lingüística cognitiva nos permite considerar la importancia de las definiciones de Ong aplicadas a otros contextos y con intenciones suplementarias. Su delicada manera de definir los borrosos linderos entre lo oral y lo escrito. Luego de la obra que aquí reseñamos, los estudiosos del lenguaje pueden hacer consideraciones sobre el concepto de lo escrito como una forma en diálogo con lo oral, sin supeditar este último aspecto al primero. Ong promueve una relectura de las tradicionales concepciones erróneas acerca de lo oral como un subsistema de lo escrito o viceversa, de una oralidad primaria y causa de una escritura en línea recta. Por el contrario, creemos que los aportes principales de esta obra están en el sentido de la discusión, el cuestionamiento y la investigación de las correspondencias entre un sistema y otro. El diálogo posible entre los ensayos que hemos aludido en este trabajo estimula la conversación entre las disciplinas y debe ensanchar el horizonte de los estudios sobre las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento, el aspecto pragmático, el comercial o editorial, por un lado; la dimensión imaginativa-artística por el otro coinciden en un terreno, el de los soportes de la comunicación: el sonoro, el impreso y el “virtual” electrónico. Un medio ambiente más que estudiar, apenas cartografiado y navegado.

El lenguaje nos manifiesta como seres en el mundo. La propuesta por Ong es la historia de una comunicación que ha marcado las concepciones mismas del pensamiento, el

espacio y el tiempo, así la manera como nos relacionamos con la realidad y nuestro perenne interés por interpretarla es un acto de comunicación.

Bibliografía.

Cassany, Daniel.(1987). *Describir el escribir. Cómo se aprende a escribir*, Barcelona: Paidós Comunicación no. 37.

Croft, William y Alan Cruse. (2008). *Lingüística cognitiva*. Madrid: Akal.

Van Dijk, Teun A. (1998)*Texto y contexto (semántica y pragmática del discurso)*.Madrid: Cátedra.

Seminario de Historia de la Educación en México. (1998) *Historia de la lectura en México*, México: El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos.

Frenk, Margit. (1997) *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*. Alcalá de Henares: Biblioteca de Estudios Cervantinos, Centro de estudios cervantinos.
Núñez Ruiz, Gabriel y Mar Campo Fernández Figares.(2005) *Cómo nos enseñaron a leer*, Madrid: Akal ediciones.

Bourdieu, Pierre. (2005). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal ediciones.

Glantz, Margo. (1992). *Borriones y borradores. Reflexiones sobre el ejercicio de la escritura. (Ensayos de literatura colonial de Bernal Díaz del Castillo a Sor Juana)*. México: Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, UNAM Ediciones del Equilibrista.

¹ Doctor. Tecnológico de Monterrey, Campus Estado de México, rdomingu@itesm.mx. Ha publicado como editor y autor *Literatura: identidad, imaginación y poder* (2009); como autor *Santa Evita, entremanos del lector y sus obras*, 2005; en coautoría, *Leer para pensar*, 1995, entre otros; ha publicado capítulos en 5 libros sobre teoría literaria y literatura, artículos en revistas especializadas. Es profesor investigador del Campus Estado de México, de la Cátedra de Humanidades del Campus Toluca y es de la Cátedra de Literatura latinoamericana del Campus Monterrey